



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

05 – El hedor de la calumnia

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

5 – El hedor de la calumnia

El relato nos cuenta ahora la muerte del rey El-Sâleh (Que Dios sea misericordioso con él) y de la ascensión al trono de su hijo Issa Ghâzi...

Y el narrador prosiguió su relato de esta manera...



Seis días después del regreso de Baïbars, el rey El-Sâleh llegó hasta Maryeh, seguido de sus visires, emires y dignatarios del reino, junto con sus criados, y les ordenó que organizaran una partida de *jarîd*¹ en su presencia. Al momento, delimitaron el terreno de juego y comenzaron a pronunciarse los desafíos, haciendo girar y caracolear sus monturas a lo largo y ancho del campo de justas. Al poco tiempo, el rey El-Sâleh se volvió hacia su gran visir:

- Hâch Shâhîn –le dijo–, me apetece muchísimo ir ahí abajo, a la arena, y medirme con estos bravos guerreros; me gustaría saber si aún conservo algo de mi vigor y destreza de antaño.

- Tú eres el señor, oh, Servidor de los Santos Lugares –le afirmó Shâhîn.

Así que el rey llevó su caballo hasta el centro del campo de justas y se puso a caracolear y evolucionar con la destreza de un consumado jinete, bajo las aclamaciones de los *shauîsh* y de los visires. Entonces, sacó un *jarîd* de hierro de la silla de su montura, y lo lanzó hacia el monte Kassiún², gritando:

- ¡Oh, Protectores!

El bastón de palmera se elevó, desapareciendo ante los asombrados ojos de los asistentes. Luego, el rey cogió un segundo *jarîd*, y lo lanzó hacia los países de la Costa, gritando:

- ¡Oh, Benefactores! –y el *jarîd* desapareció como el primero.

Lanzó un tercero hacia Oriente, gritando:

¹ Especie de liza amistosa, en la que se enfrentan dos caballeros armados con un bastón hecho con una rama de palmera.

² Montaña, dominando la ciudad de Damasco, y situada al noroeste.

- ¡Oh, vosotros, que habitáis la Qarâfa¹.

Y, por fin, tomó un cuarto *jarîd*, que lo lanzó hacia Baïbars, diciéndole:

- ¡Hijo mío, coge esto, con las bendiciones de Dios! ¡Ojalá que pueda venir siempre en tu ayuda, y permitirte soportar con valor todas las pruebas de este mundo!; ¡Él, que tiene poder sobre todas las cosas!

Baïbars avanzó, cogió el arma al vuelo, y después de besarla respetuosamente, y llevarla a la frente, avanzó hacia el rey, y se la entregó.

- Hijo mío, ¿por qué no me la has vuelto a lanzar, siguiendo las reglas del juego? – protestó El-Sâleh.

- ¡Oh, Servidor de los Santos Lugares! ¿Y quién soy yo, para levantar la mano sobre ti, que eres mi maestro y mi señor, y que me has colmado de tantos favores?

Una sonrisa se dibujó en los labios del viejo monarca, que bendijo a Baïbars antes de abandonar el terreno de juego. Cuando echó pie a tierra, el rey estaba cubierto de sudor, y de esa forma se fue directamente a su lecho.

A la mañana siguiente, el rey se despertó enfermo y débil; no obstante se preocupó de convocar a los visires y a los emires para hacerles saber su decisión de ponerse en marcha al día siguiente, ordenándoles tomar todas las disposiciones necesarias.

- Hijo mío –dijo, dirigiéndose a Baïbars–, haz que me preparen una litera para el viaje: estoy demasiado débil para mantenerme sobre el caballo. Cuando lleguemos a El Cairo, tú habrás de vestirte con los ornamentos reales y tomarás mi lugar en el cortejo, bajo los estandartes y las banderas.

- Escucho y obedezco –asintió Baïbars.

De modo que, a la mañana siguiente, el rey hizo que le instalaran en la litera.

- Hijo mío –le ordenó a Baïbars–, deja a tu hermano, el shah Taqtemûr, que vaya a la cabeza de las tropas con sus lugartenientes y tú quédate aquí, conmigo, para que nos hagamos compañía.

Baïbars asintió y, montando en su caballo, fue a colocarse junto a la litera. La comitiva arrancó rumbo a El Cairo, seguida por el grueso de las tropas, cuya multitud se perdía de vista.

¹ Los “Protectores”, o los “Benefactores” son los cuarenta Hombres de Dios de la tradición mística popular (Ver la Presentación de *Flor de Truhanes*). La Qarâfa, necrópolis de El Cairo, está relacionada, en las creencias populares, a estos santos personajes, y es allí mismo en donde Baïbars, en *Flor de Truhanes*, encuentra al Jidr.

Y así caminaron por montes y valles, atravesaron páramos y desiertos; en cada pueblo por el que pasaban, los habitantes venían a presentar sus respetos al rey, proveyéndoles de víveres y forraje para la caballería. Pronto, estuvieron a la vista de El Cairo, e hicieron alto en la Jâniqah¹. Entonces, el rey El-Sâleh, hizo llamar a Baïbars y le dijo en presencia de los visires, emires y grandes del reino:

- Hijo mío; esta misma noche yo voy a entrar en El Cairo: mi enfermedad empeora y no tengo ya fuerzas para esperar aquí hasta mañana. Tú, en cuanto salga el sol, te pondrás los ropajes reales y me sustituirás en el cortejo, bajo el estandarte del Profeta.

- ¡Te lo pido por mi cabeza, oh, Comendador de los creyentes, dispénsame de ese encargo y confíasele mejor a alguno de los príncipes kurdos ayyubíes; me temo que esto les molestaría...

- ¡No, por Aquel que ha fijado el curso de todas las cosas! –cortó el rey–. Serás tú, o nadie el que ocupe mi lugar en el cortejo. Y no se te ocurra desobedecerme, o estarás en peligro de muerte.

Dichas estas palabras, el rey se levantó, sostenido por sus sirvientes, salió de la tienda y fue a tenderse en su litera; así fue como hizo su entrada en la capital, poco antes de que se pusiera el sol. Agotado por la enfermedad, hizo que le condujeran a sus apartamentos privados en la Ciudadela, y envió a buscar a su esposa, la reina Shayarat El-Durr, hija del rey El-Awhad.

- Has de saber, oh, dama –le dijo– que el final de mis días está ya próximo y que, en breve, abandonaré este mundo perecedero para ganar la Morada eterna. Qué le vamos a hacer, es algo inevitable; todo lo que ha sido engendrado está destinado a perecer y, con independencia del tiempo que viva, la suerte de todos los hombres es la de terminar en el catafalco de los muertos. En cuanto a ti, es fundamental y necesario que vuelvas a casarte cuando yo ya no esté aquí; si el emir Baïbars pide tu mano, concédesela sin dudarle ni un momento.

- ¡Pero si yo considero a Baïbars como un hijo! –exclamó la reina– ¿Cómo podría casarme con él? Eso sería algo totalmente incongruente. ¡De todos modos, después de ti, no permitiré que se me acerque ningún otro hombre!

- Pues bien, si tú consideras a Baïbars como a un hijo, yo te lo recomiendo; rodéale de tu afecto, y trátale como las madres tratan a sus hijos, pues sus enemigos son legión, pero el acabará por vencerles y someterlos; a pesar de estar muy solo; mientras que tú; tú dispones de un partido grande y poderoso, el de los kurdos ayyubíes, tus primos.

El rey continuó de ese modo haciéndole sus últimas recomendaciones y prodigándole numerosos consejos.

- Ahora, querida mía, vas a regresar a tus aposentos, y no volverás a salir del harén –le dijo para terminar–. Nosotros no volveremos a vernos aquí abajo.

¹ Lugar situado a una media etapa de El Cairo.

A la mañana siguiente, Baïbars se vistió con los ornamentos reales y montó en su caballo; la fanfarria real se alineó delante de él y atacó una marcha triunfal, y todos los dignatarios se apresuraron a colocarse a su alrededor, mientras que sus enemigos, los Aïbak, Qalaûn, Alay El-Dîn y demás, se morían de rabia y envidia, y disimulaban lo mejor que podían, maldiciendo y echando pestes en voz baja.

- ¡Pero mira a ese asqueroso bardajillo¹! –murmuraba Aïbak al oído de Qalaûn–. ¡Dime si no es como para encabronarse, ver a ese esclavillo de mierda pavonearse con los vestidos reales de El-Sâleh y ocupar el lugar del Comendador de los creyentes en el cortejo! ¿Es que ya no queda ni un solo príncipe kurdo en el mundo, para que se permita algo así?

- A decir verdad, en esta ocasión, no se le puede reprochar gran cosa a Baïbars, mi querido emir –objetó Qalaûn –. Es el propio rey el que ha dado la orden, la primera vez cuando estábamos en Damasco, y de nuevo, ayer, en la Jâniqah; yo estaba allí y lo oí.

- Es posible –remachó Aïbak –. Pero yo he oído otra cosa, y es que Baïbars ha administrado un veneno lento al rey El-Sâleh en Damasco para hacerle perecer y colocarse como sultán en su lugar.

- Si sabes algo así, ¿por qué diablos guardas silencio? Vete a hablar con los emires kurdos ayyubíes: hay bastantes probabilidades de que maten a Baïbars, y así nosotros nos libraremos de él.

- ¡Por mis barbas que tienes mucha razón! –exclamó Aïbak– Me preguntó por qué no he pensado yo todo esto antes...

Así que se fue corriendo a reunirse con los emires kurdos, y les contó ese pretendido secreto.

- Por Dios –exclamaron los ayyubíes–, como nuestro primo el rey El-Sâleh fallezca, Baïbars no le sobrevivirá: nosotros personalmente nos encargaremos de ello.

En fin, que todos se pusieron de acuerdo para asesinarle, en caso de que el rey muriera.

Pero nuestro héroe, distaba mucho de sospechar nada de nada; después de hacer su entrada triunfal en la ciudad, tal y como hemos dicho, llegó a la Ciudadela, y allí echó pie a tierra. Poco después, los emires y los visires se separaron, volviendo cada cual a su casa; solo entonces, Baïbars se presentó ante el Comendador de los creyentes, le saludó, le presentó sus respetos y le deseó larga vida y victoria sobre sus enemigos.

- Hijo mío –le dijo El-Sâleh–, a partir de ahora, tú vas a quedarte junto a mí noche y día.

¹ Los enemigos de Baïbars están convencidos (o hacen como que lo están) de que el favor del que goza ante el rey, se debe a una relación homosexual que existiría entre ellos.

Así que Baïbars se instaló en los aposentos del rey, poniéndose a su servicio, y atendiendo a todas sus necesidades. Al cabo de quince días, el estado del enfermo mejoró un poco, y sus sufrimientos se apaciguaron.

- ¡Loado sea Dios que te ha devuelto la salud, Comendador de los creyentes! –le felicitó Baïbars–. Como hoy te encuentras mejor, ¿me darías permiso para acercarme a mi palacio, para ver cómo están mis hombres y asegurarme de que todo va bien durante mi ausencia? Yo me quedaré solo esta noche, y volveré junto a tu majestad por la mañana.

- Ve, hijo mío, pero no tardes demasiado –le autorizó el rey–. Ojalá que Dios pueda siempre venir en tu ayuda en todas las vicisitudes y aflicciones de este mundo.

Baïbars, le besó la mano, recibió su bendición y se marchó tranquilo. El pobre, ignoraba lo que le reservaba el porvenir, y lo que ya andaban tramando contra él los intrigantes y los hipócritas.

Cuando entró al serrallo de Bâdîs El-Subki¹, encontró al *osta*² Otmân sentado ante la puerta del gran salón, con gesto de enfado y mirando fija y obstinadamente al suelo.

- ¡Bora Otmân! –le soltó– A ver ¿qué es lo que te pasa? ¿a qué viene esa cara de funeral? Vamos, mi viejo, cuéntame qué te pasa.

- ¿Que qué pasa, piazo e gilipollas? ¡Pues pasa que mientras tú andas de pendoleo aonde el viejo jefe Sâleh; los kurdos hablan de quitarte el pellejo si al viejo le pasa cualquier cosa! Siii; andan diciendo qu'en Damasco l'habías dao una sopa e once horas; así que yo, tiés que comprender, colega, pos no'stoy tranquilo; ando acojonao no te vayan a apiolar a ti, y de paso, también a mí.

- Pero, Otmân, ¿qué historias me andas contando? –exclamó Baïbars estupefacto–. ¿Me estás tomando el pelo, o qué?

- ¡Por l'honor e la Purísima, la Protestora El Cairo³, no t'estoy disiendo cuentos, mi soldaete! Y si no me crees, no tiés más que preguntar a cualquiera.

Completamente sorprendido ante las afirmaciones de Otmân, Baïbars no acababa de creérselo.

- De todos modos, este pobre Otmân nunca ha tenido la cabeza puesta en su sitio –se decía para sí–. Cuenta lo primero que se le ocurre.

¹ En *Los bajos fondos de El Cairo*, Baïbars se convirtió en propietario de este antiguo palacio, y de los inmensos tesoros que contenía.

² Tratamiento que se da a los hombres que tienen algún oficio y, en particular, a los palafreneros o escuderos. Viene del persa *ustâz*, “maestro”.

³ Es decir, Sitt Zeynab, descendiente del Profeta enterrada en El Cairo. Conforme a la creencia popular, ella representa la imagen de consoladora de los afligidos y protectora de los humildes. Otmân le profesa una devoción muy especial.

Pero, para quedarse tranquilo, Baïbars, llevó a cabo unas discretas pesquisas con algunos de sus mejores y más seguros amigos: todos confirmaron lo que Otmân le había dicho.

Atormentado por la inquietud, Baïbars se encerró en su casa y no volvió a aparecer en donde el rey. Al cabo de dos días, éste le envió a buscar y le preguntó por las razones de su ausencia; Baïbars no tuvo más remedio que desvelarle todo el asunto, incluido el hecho de que los kurdos habían jurado matarle. Esta noticia sumió al rey en una enorme cólera; se volvió hacia el gran visir, el Hâch Shâhîn El-Afram, que se hallaba en su habitación en compañía de algunos familiares, y le ordenó:

- Envía ahora mismo a buscar a los derviches de la hermandad de El-Bakri El-Siddîqi, y a los de la hermandad de El-Wafâ'i; también tráeme a los grandes sheijs de El-Azhar y a los representantes de los descendientes del Profeta que estén en esta ciudad, resumiendo; a todos los que estén habilitados para dar la *bay'a*¹ y a prestar juramento de obediencia en nombre de la Comunidad; tráeme también a los altos dignatarios y oficiales del reino. Hazme llamar también al *hakîm bachi*² de los Ayyubîes, y a los dos mejores médicos de la ciudad, un cristiano y un judío. ¡Y rápido!

El visir ejecutó las órdenes del rey con la mayor diligencia del mundo, y el consejo se encontró al poco rato reunido en sesión plenaria; ondeando y murmurando como un mar apacible.

- ¡Que me traigan al médico judío! –ordenó el rey.

Éste avanzó, saludó y presentó sus respetos.

- Ven aquí, amigo, y mira a ver qué es esta enfermedad que padezco –le dijo el Sâleh–. Habla sin miedo y dime la verdad, sea cual sea, si no lo haces así, te haré ejecutar.

El médico observó atentamente los ojos, el cuerpo y los miembros del rey; luego, dio su diagnóstico:

- Comendador de los creyentes, la enfermedad que padeces es una fiebre que tiene su origen en la bilis: te ha subido hasta el cerebro, acercándose a la pi madre, y allí amenaza con provocarte una inflamación; ¡pueda Dios preservarte de tal cosa!

- Pues que sepas que hay gente que pretende que me han suministrado un veneno lento –objetó el rey.

- ¡Que Dios no lo consienta! No; tu dolencia no se puede tratar de algo parecido a eso.

¹ Ceremonia por la que la comunidad musulmana, representada por los dignatarios de las instituciones religiosas, se compromete a reconocer al nuevo soberano, a cambio de ciertas garantías. A diferencia de las ceremonias de investidura usadas por las monarquías europeas, la *bay'a* es un simple pacto, que se rige por el mismo régimen jurídico que los contratos privados.

² “Jefe de los médicos”. Término turco-árabe.

- De acuerdo; pues ahora quitadme la ropa –ordenó el rey a sus servidores que se mantenían junto al lecho–. Quiero que este hombre me examine por completo antes de que pronuncie su diagnóstico.

Desnudaron enteramente al rey, y el médico, después de haberle explorado totalmente desnudo, volvió a tomar la palabra de modo que todos los asistentes pudiesen oírle:

- ¡Comendador de los creyentes, si tú hubieras sido envenenado, me gustaría que se dijera ahora mismo y bien alto, que yo habría sido el culpable!

- ¡Esa respuesta no me satisface! –replicó el rey– Visir, vete a buscarme otro médico que sea más sabio que éste, y que conozca mejor esta ciencia. A fin de cuentas, quién sabe si no ha recibido soborno por el que me ha envenenado. Anda, vete, amigo mío, puedes retirarte.

El visir se fue a buscar al médico cristiano; preguntado por el rey, éste hizo exactamente el mismo diagnóstico que su colega.

- Éste tampoco me convence, puede que se haya compinchado con el otro –continuó el rey–. Traedme al *hakím bachi* adscrito a la corte.

Éste llegó al instante; le expusieron las mismas cuestiones que a los otros dos.

- Padeces una fiebre localizada en el cerebro –diagnosticó el *hakím bachi*–. Los síntomas son totalmente claros, y totalmente diferentes a los del envenenamiento, que: *primo*, ennegrecen las uñas; *segundo*, se cae el cabello y todo el pelo; *tercio*, aparecen llagas purulentas por todo el cuerpo; de modo que puedo afirmar que el Comendador de los creyentes no presenta ninguno de estos síntomas. Eso es todo lo que puedo decir.

- Está bien, amigo mío, puedes retirarte –aprobó el rey–. Por Dios, que tú has dicho la verdad.

Entonces, el rey se volvió a donde estaban sus primos los kurdos ayyubíes y les dijo con voz severa:

- Pues bien; sabed que me he enterado que vosotros pensabais ejecutar al emir Baïbars tras mi muerte. ¿Por qué razón? ¿Acaso no sabéis que no tenéis poder alguno sobre él, y que una acción así solo desembocaría en una guerra civil entre musulmanes, en la que todo el mundo saldría perdiendo y de la que vosotros seríais los únicos responsables, sin sacar el menor provecho de ello?

- Nosotros pensábamos que él te había envenenado en Damasco, Comendador de los creyentes –objetó Izz El-Dîn El-Hilli, en nombre de todos los emires kurdos–. Al menos, eso es lo que nos ha afirmado el emir Aïbak el turcomano; si ha habido falta en ello, no somos nosotros los responsables.

- Sí, es verdad, fui yo el que dije eso –confirmó el emir Aïbak, bastante abochornado–. Pero, la verdad es que yo no lo vi con mis propios ojos; sólo se lo oí decir a gente que lo afirmaba, y yo así os lo he repetido.

- ¡Grandes del reino de Egipto, escuchadme todos! –replicó el rey con voz tonante–. Mi hijo Baïbars es totalmente inocente de lo que se le ha acusado; él no me ha envenenado y, hasta hoy mismo, él ignoraba la existencia de esta calumnia. Además, os pongo a todos por testigos que, aunque me hubiera hecho beber un veneno que hubiera provocado mi muerte, yo le perdonaría y le haría gracia del precio de mi sangre, tanto en este mundo, como en el otro. Tú, Sheij El-Islam¹, dame una *fetua* en ese sentido, y tú, *cadi efendi*², levanta acta del proceso verbal que acabo de dictar; en cuanto a ti, Hâch Shâhîn, tú vas a redactar un firman en mi nombre, por el que se prohíba a cualquiera elevar esta acusación contra Baïbars; cuando la tengas escrita, pásamela para que la firme, selle y rubrique en persona. ¡Y el próximo que intente otra calumnia así, sentirá el peso de mi cólera, aunque yo esté en la tumba!

Los dignatarios así interpelados, se retiraron a sus asuntos; en unos minutos, los tres documentos se hallaban en manos del rey; puso en ellos su firma y rúbrica; los selló y se los entregó a Baïbars; luego, se fue a sentar a la cabecera de la cama, puso su mano en la suya, y le dio la *bay'a*, haciéndole heredero del trono, después de haberle hecho que prestara juramento de gobernar para el bien, y de perseguir el mal; de seguir la santa Ley del Islam, perseverar en la autoridad del Estado, consagrar sus bienes y hombres en combatir a los enemigos, y de gobernar con justicia, sin atentar contra la dignidad de sus ciudadanos, ni dejarse llevar por la cólera.

- Has de saber, hijo mío –continuó el rey–, que las criaturas son esclavas del Creador, y que tú mismo, solo eres un pobre esclavo, igual que todas ellas; la única diferencia, es que tú habrás de responder por todos ellos, uno tras otro, ante Aquel que es el más equitativo de todos los jueces. Y ahora, hijo mío, escucha mis últimos consejos. Antes de nada, recuerda que te recomiendo a mis primos, los kurdos ayyubíes; pase lo que pase, cuídate de verter su sangre, pues ellos son tus hermanos y compañeros, y serán tu mejor sostén contra los enemigos de la religión. Luego, te recomiendo que jamás emprendas una campaña contra los Negros y los Abisinios; pues sólo conocerías peligros y fracasos, fatigas para ti, muerte para tus hombres y gastos inútiles. Pero lo que está escrito, escrito está; de modo que yo me encargaré de rogar a Dios que vaya en tu ayuda contra ellos, y contra todos tus enemigos.

El rey El-Sâleh continuó durante bastante tiempo hablando de estas cosas, prodigándole consejos, previniéndole y poniéndole en guardia y advirtiéndole, tanto y de forma clara y explícita, como por alusiones y símbolos; al final, el rey elevó sus brazos al cielo y proclamó:

- Yo le pido al Señor trascendente, al que responde a todas las plegarias y tiene poder sobre todas las cosas, de hacer que tú nunca conozcas la derrota en tus campañas, y que todos los que se te opongan; los que rechacen obedecerte, y los que suban al trono antes que tú, mueran de muerte violenta.

Luego, volviéndose hacia los venerables derviches de las hermandades Wafâ'i y Bakri, y a los grandes sheijs de El-Azhar, les ordenó que prestaran juramento a Baïbars

¹ Bajo el Imperio Otomano, ese es el título que se le da al gran muftí asignado al Consejo del Reino. En el Derecho musulmán, el papel del muftí es interpretar la ley, aplicándola a casos especiales. Sus decisiones, (*fetuas*) no son estrictamente ejecutivas, pero pueden servir para legitimar una acción posterior.

² En turco “señor”; tratamiento que se da generalmente a los cadís.

y que le entregaran la *bay'a*. Recitaron todos la *Fâtiha*, dedicándosela al Señor de los Enviados y a los Califas bien dirigidos, pueda Dios acogerles en Su seno. Enseguida, el sultán hizo que trajeran un caftán real y ordenó que se lo pusieron en los hombros a Baïbars; tras lo cual, se levantó la sesión, y todos los asistentes se dispersaron. Los partidarios de Baïbars alegrándose por su fortuna; mientras que sus enemigos, Aïbak el turcomano, Qalaûn, Alay el-Dîn El-Baysari y su pandilla, ponían caras largas y sentían cómo el fuego de la cólera y la envidia les corroía las entrañas.

**** * * * * *

Próximo relato de “Muerte en el hamam”...

VI.6 - “La muerte del rey”